

Reseña del libro *Obras escogidas de la historia antigua de México*, de Wigberto Jiménez Moreno¹

Carlos García Mora*

Los colegas Celia Islas y Víctor Alfonso Benítez nos brindan una compilación de artículos selectos de don Wigberto Jiménez Moreno, reconocido historiador y antropólogo leonés de larga trayectoria.

Jiménez Moreno se convirtió en una leyenda en la voz de sus antiguos estudiantes por la manera en que impartía sus cursos de Historia de México, en los cuales, por ejemplo, los hacía leer novelas de época, al parecer algo entonces inusual en los cursos convencionales. Ciertamente, es una figura notable en la historia de la antropología mexicana, en mucho singular, por su estilo personal de abordar la antigüedad mesoamericana y por la profundidad y la extensión de sus averiguaciones. En este campo destacó, aunque él también tenía conocimientos de la época novohispana y de la mexicana en los siglos XIX y XX. Además, fue un representante sobresaliente de la tradición integral de la antropología mexicana –hoy extinta– en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), ahora balcanizada. Jiménez Moreno fue capaz de recurrir a la arqueología, la lingüística, la etnografía y, por supuesto, a la etnología histórica. En cambio, fue ajeno a la antropología social y, casi del todo, a la antropología física.

Muy “pagado” de sí mismo, Jiménez Moreno se asumía como un hombre sabio, como lo era en verdad, y se consideraba un estudioso que merecía respeto y que poseía voz de autoridad como en efecto se lo otorgaban sus homólogos. Ciertamente, era difícil entenderse con él si uno se adentraba en campos ideológicos y políticos, pues era un hombre muy conservador y antimarxista. Hay que recordar que era oriundo del muy católico León, donde surgió el sinarquismo anticomunista y fascista en 1937. De ninguna manera eso significa que él hubiera estado involucrado en ello, pues entonces tenía 38 años y ya estaba desarrollando su carrera en la Ciudad de México en el ahora llamado Museo Nacional de Antropología y en la Universidad Nacional Autónoma de México, pero cabe referir el ambiente cultural en el que debió nutrirse en su infancia y primera juventud.

* Dirección de Etnohistoria del INAH (wantakwa@gmail.com).

1. Celia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona (comps.) (2017). México, Secretaría de Cultura/INAH (Científica), 534 pp.

Según decires de Antonio Pompa y Pompa, Jiménez Moreno algo tuvo que ver con el apoyo clandestino que se le brindó a los cristeros desde las ciudades. Don Antonio solía inventar algunas cosas, pero algo de verídico puede tener esta conseja. Una anécdota ilustra las convicciones cristianas de don Wigberto. Él, Johanna Faulhaber y tal vez Jaime Litvak fueron los únicos maestros que asistieron al entierro de un joven estudiante que marchó con el contingente de la ENAH en una manifestación política que salió del Casco de Santo Tomás el 10 de junio de 1971 y que fue asesinado a manos de la partida paramilitar que reprimió la marcha. Como el estudiante era miembro de una célula anarquista, en el momento del entierro sus compañeros rompieron furiosos la cruz de madera que se había puesto en la tumba. Ello le dolió profundo a Jiménez Moreno, hasta el punto de escribir unas palabras que leyó durante una asamblea en la ENAH, al día siguiente, expresando su incompreensión de un acto de esa naturaleza, siendo que la cruz tenía un sentido espiritual.

Bien valdría la pena explorar al Jiménez Moreno devoto católico e incluso militante, miembro de la Tercera Orden Franciscana, rama seglar de la Orden de San Francisco, acerca del cual han corrido consejas en el gremio antropológico sin que nunca se hayan confirmado. Un conocimiento integral de Jiménez Moreno sólo se complementará si se incluye esta faceta de su pensamiento y su conducta. Los compiladores sólo lo mencionan en un par de líneas, dejando pendiente el tema. Así como ya se ha escrito sobre el Paul Kirchhoff político, desmenuzando su trayectoria militante de izquierda, así habría que hacerlo con Jiménez Moreno, pues ninguna razón académica justifica silenciar esta faceta. Por cierto, Jiménez Moreno y Kirchhoff, pese a sus disímbolas militancias juveniles e ideologías fueron interlocutores cercanos, e incluso, Jiménez Moreno redactó uno de los artículos para un libro de homenaje a Kirchhoff.

Kirchhoff y Jiménez Moreno trabajaban frecuentemente con temas similares. El primero decía que cuando él llegaba, tras mucho esfuerzo, a ciertas conclusiones, Jiménez Moreno ya había llegado a concluir lo mismo por intuición. De hecho, la idea de la gran área civilizatoria mesoamericana ya era suya cuando Kirchhoff la plasmó en un pequeño escrito. Dícese que al mostrarle Kirchhoff un mapa con el trazo aproximado de la extensión geográfica que esa ola civilizatoria alcanzaba en el siglo XVI, fue el propio Jiménez Moreno quien sugirió llamarla “Mesoamérica”, es decir, el medio o el intermedio de América. El término no es estrictamente geográfico solamente, sino una forma de identificar este proceso civilizatorio ocurrido entre los grandes procesos históricos que se desarrollaron entre el gran Norte Americano y la enorme Sudamérica, en el entendido de sus interrelaciones.

La idea que, según los compiladores, prevalece acerca de que el autor no plasmó suficientemente sus ideas por escrito, es similar a la que se tiene de Paul Kirchhoff y Pedro Armillas, autores de espléndidos artículos, pero de quienes se esperó siempre su obra cumbre en forma de libro. En efecto, el libro es como una sinfonía prototípica: una cosmovisión redonda que lo convierte en lo que se llama “una obra clásica”, como ocurrió con *La mixteca* de Barbro Dahlgren y con *Los otomíes*

de Pedro Carrasco, virtuosos ejemplos de abordaje de un problema, análisis de sus resultados y estructuración coherente y atractiva en un volumen modelo. Los artículos, por buenos que sean, se reciben como un ensayo del libro que se espera después. Con todo, una vez cerrado el ciclo de Jiménez Moreno, la reunión de sus artículos suple la ausencia de un libro suyo y permite conocer la impresionante amplitud de su esfuerzo intelectual. Por ello, dada la dispersión de sus escritos, esta compilación presta sin duda un gran servicio a la comunidad académica, en particular a la especializada en la historia antigua mesoamericana.

El volumen jimeneziano que ahora sale a la luz, agrupa artículos acerca del occidente, el centro y el sur de Mesoamérica, y asimismo de Aridoamérica y Oasisamérica. Me referiré sólo a una pequeña muestra de su contenido.

“El enigma olmeca”. Jiménez Moreno abordó la posible existencia de una muy antigua cultura, madre de la maya, la teotihuacana, la zapoteca y otras, portada por quienes se han denominado olmecas (los que viven donde se coge el hule). Para Jiménez Moreno, lo olmeca se refería a un complejo de pueblos de diferente filiación étnica en el sur de Veracruz y el norte de Tabasco.

Jiménez Moreno llegó a preguntarse qué identificaba esa denominación: ¿lo olmeca era el nombre de una etnia específica –ya fuera nahua, mazateca, chocho popoluca, mixteca u otra– o era la denominación que se le daba a un conjunto de pueblos o etnias, geografías y culturas? Con esa duda, Jiménez Moreno emprendió una averiguación hartamente compleja de sucesivos movimientos poblacionales, interrelaciones, establecimientos, superposiciones y expulsiones, ruta difícil de seguir para el lego. Al final, el lector queda sin respuesta global a la pregunta formulada por el propio Jiménez Moreno; sin embargo, la extensa y compleja ramificación que él emprendió y que va mostrando identidades diversas –a lo largo de sus páginas– parece sugerir que lo olmeca es un complejo histórico que implica diversas identidades étnicas y lingüísticas. Para ello, Jiménez Moreno divide la historia olmeca en preolmeca, protolmeca, paleolmeca, neolmeca y posolmeca.

Así, para Jiménez Moreno, los que él llamó olmecas tardíos eran popoloca-mixtecas nahuatizados cuyos descendientes actuales derivaron de pobladores posolmecas, quienes habían sustituido su lengua por el náhuatl. De este último periodo que consideraba neoolmeca, sustentó que: 1) los olmecas más recientes fueron nahua-mixtecos y representaron una expansión olmeca de Cholula hacia la costa, y 2) los olmecas de Culhuacán al ser dominados por los tolteca-chichimecas, tras la ruina de Tula, adoptaron la cultura de sus dominadores.

De esa manera, Jiménez Moreno disipa la niebla que ocultaba la historia, entre el periodo neoolmeca y preolmeca, mediante sus averiguaciones acerca de la cultura teotihuacana y afiliados, atribuyendo la portación original de ésta a los totonacas y luego a los mazateco-popolocas en las etapas protolmeca y paleoolmeca.

A Jiménez Moreno se le escapaba la integración parental, como lo eran los clanes y sus respectivos linajes. De ahí que al tratar de identificar pueblos se enfrentaba con muchas denominaciones, como las que encuentra aplicado a lo olmeca en el señorío de Amecameca. Aunque a

Kirchhoff le publicaron su artículo acerca del clan cónico, poco influyó en Jiménez Moreno, quien se mantuvo tomando como unidades de estudio sólo a las etnias hablantes de tal o cual lengua, sin considerar la organización social en la que éstas estaban incorporadas. Por cierto, tampoco parece haberle dado importancia al polilingüismo prevaleciente en un mismo asentamiento, pues avizora lenguas que se suceden una a otra, pero menos lenguas habladas simultáneamente en un mismo establecimiento, e incluso, en las mismísimas casas gobernantes.

Al final, el lector puede pensar que lo olmeca es un mito de los antropólogos más que una realidad histórica concreta. ¿Lo olmeca nombra algo específico válido para toda época y región? Sus ramificaciones son tales y en tal número que termina nombrando a todo y a nada. Lo que Jiménez Moreno nos dibuja es un árbol inmenso con múltiples ramas que, a su vez, se van diversificando.

“El etnónimo otomí”. Jiménez Moreno examinó el etnónimo “otomí”, hoy muy discutido entre las mismas comunidades a las que en español llamamos otomíes. Éstas entablan una polémica que más bien parece un monólogo y que es más político que uno basado en consideraciones históricas. No sólo han rechazado el nombre que los hablantes del español le dan a este pueblo y su lengua por el supuesto demérito que le atribuyen, sino incluso en algunas comunidades rechazan la cada vez más popularizada denominación de “ñañú”, la cual se originó en alguna de ellas y que, hoy en día, muestra visos de que terminará asimilada al español de México. Por su parte, tras una erudita disección histórica, Jiménez Moreno, con las evidencias históricas en la mano, estableció que el etnónimo deriva de *totomitl*, “flechador de pájaros”, por lo que carece de cualquier connotación despectiva.

“Tula”. Un asunto que ha quedado en la memoria colectiva del gremio fue el problema científico de la identificación y la localización de la llamada Tula, entidad supuestamente legendaria, cuya existencia estaba en duda, duda que Jiménez Moreno dispuso. El tema ha seguido discutiéndose, aunque ya no se cuenta entre los mayores problemas científicos de la antropología mexicana. Hoy se habla de varios Tulas, pues esta denominación parece haber sido un título jerárquico, de lo que resulta que, después de todo, Teotihuacan bien pudo ser, si no el Tula histórico –con lo que estaba en desacuerdo Jiménez Moreno– sí el primero con ese tratamiento jerárquico. Como fuera, Jiménez Moreno fue quien abrió brecha para resolver este problema. Él sostuvo que la metrópoli Tula, donde residió Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, es la Tula localizada en el hoy llamado estado de Hidalgo.

Dos conglomerados –que Jiménez Moreno califica de étnicos– los identifica conviviendo en la capital Tula: los toltecas chichimecas y los nonoalcas. Además, establece una sucesión de sus etapas históricas y sus respectivos protagonistas. Asimismo, expone el complicado proceso de migraciones y divisiones sucesivas que forman un árbol con múltiples ramificaciones. El pobre lector ignorante de la historia antigua deberá concentrarse y elaborar diagramas para poder seguir los intrincados vericuetos de esta historia. Sin embargo, el lector sacará provecho al

percatarse de que las sociedades mesoamericanas eran organizaciones en extremo complejas, las cuales sólo pueden ser comprendidas si el estudioso evita enmarcarlas en esquemas útiles para entender sociedades actuales, pero que no son adecuadas para comprender sociedades mesoamericanas.

Jiménez Moreno menciona el forzado abandono de Tula y las consecuentes migraciones de la población que se dividió (¿por clanes o linajes?) y se dispersó por diversas regiones, a veces, muy lejanas. Las implicaciones para la etnografía contemporánea son evidentes: el origen de los pueblos o etnias veracruzanas y sus características culturales distintivas se explican en parte por la llegada invasiva en la antigüedad de pobladores de diversa procedencia. Lo mismo puede decirse de los hoy Morelos, Hidalgo, Cuenca de México, e incluso de la península yucateca, pues en esta última, migrantes de Tula llegaron a Chichén Itzá.

“Michoacán, los tarascos y el *Lienzo de Jukútakatu*”. Basándose en las fuentes históricas disponibles en su época acerca de la antigüedad tarasca, en particular *La relación de Michoacán*, que atribuyó erróneamente al fraile franciscano Martín de la Coruña, Jiménez Moreno propuso las etapas por las que, según él, pasó la historia tarasca –política, militar y étnica–. Asimismo, se refirió a los sucesivos linajes gobernantes, como lo exponían en sus arengas los sacerdotes.

Jiménez Moreno examinó también el *Lienzo de Jukútakatu*, el cual consideró que hacía referencia a un relato nahua acerca de una migración proveniente de la costa, donde desembarcaron para luego dirigirse a Xiujkwiyán, que Jiménez Moreno identificó como el ahora Jicalán el Viejo, al sur de Uruapan, donde los migrantes se dividieron para emprender camino hacia diferentes regiones tierra caliente. Jiménez Moreno pasa por alto la posibilidad de que los rótulos en náhuatl del *Lienzo* fueran pintados mucho tiempo después por otro pintor y, por lo tanto, pudieron no corresponder a la intención del pintor original o de quien le ordenó la pintura.

Jiménez Moreno identifica los antiguos asentamientos con los actuales, sin considerar su antiguo patrón de asentamiento disperso y las congregaciones de los caseríos viejos en nuevos asentamientos concentrados en el siglo XVI en sitios distintos. Así, por ejemplo, existieron caseríos remontados de los que ahora sólo quedan ruinas, y posteriormente, pueblos nuevos asentados en sitios bajos establecidos donde hasta la fecha se encuentran. Por ello, entonces, se habla de un Paracho Viejo y de un Paracho Nuevo.

Con cautela, Jiménez Moreno deduce que el occidente de Michoacán estuvo poblado por gentes nahuas (tecos), luego sojuzgados por los tarascos. Entrecomilla el carácter “tarasco” que los arqueólogos atribuían a objetos hallados en Michoacán y sus inmediaciones, porque le parecía que tales objetos eran protonahuas en realidad. Postuló un corredor nahua casi continuo: Jalisco-Colima y México-Morelos-Guerrero que atravesaba Michoacán.

“Mesoamérica”. Jiménez Moreno escribió para la *Enciclopedia de México* el artículo “Mesoamérica”, incluido en la compilación que comentamos, donde hizo una detallada relación de los antecedentes de la concepción de este concepto cultural, partiendo desde 1917 para concluir

que: “La contribución de Kirchhoff consistió en afinar la ya avizorada demarcación y composición étnica de Mesoamérica y determinar cuáles eran sus caracteres culturales” (p. 481). Jiménez Moreno tiene el tino de mencionar las áreas culturales circunvecinas para evitar una visión geográficamente cerrada. Asimismo, aventuró una cronología mesoamericana, hoy tal vez anacrónica, compuesta de “horizontes” sucesivos que él entendía como etapas de desarrollo histórico de un área determinada, durante las cuales prevalecían ciertos estilos –identificables en los materiales arqueológicos– y predominaban formas económicas y sociales características.

Al mencionar eso último dejó ver que se percataba de la importancia de la economía y la organización social, aunque muy poca atención les puso en realidad. En efecto, sólo superficial y raramente Jiménez Moreno atendió aspectos de organización social y de economía, pues se interesaba más en las lenguas, la arqueología, la religión y la filosofía de la vida. Consideraba que el arte, la religión y la lengua eran los determinantes de las culturas, por lo tanto, estaba muy alejado del postulado según el cual la economía es la determinante en última instancia. En cambio, sí consideraba la identificación de áreas geográficas, los intercambios comerciales, los orígenes y las movilizaciones de los conjuntos humanos.

Un mérito destacado de Jiménez Moreno consistió en que era partidario de la historia y la etnología comparadas para evitar una visión cerrada del pasado, como si la antigüedad mesoamericana fuera algo tan *sui generis* que sería difícil compararla con la de otras partes del mundo. Además, él nunca concibió a Mesoamérica como algo petrificado, sino que insistía en explicarla como un conglomerado que se expandía y se contraía constantemente, que recibía influencias múltiples y que asimilaba pueblos que arribaban oscilando entre la aglutinación imperial y la atomización “feudal”. Jiménez Moreno hacía con frecuencia comparaciones con la antigüedad de otros lugares del mundo, con lo que rompía la visión de una Mesoamérica encerrada en sí misma.

En el artículo mencionado emprendió un recorrido global por las sucesivas etapas históricas del área mesoamericana. Constató el ascenso político de pueblos menos desarrollados y el surgimiento frecuente de cabeceras cosmopolitas como Teotihuacan, donde se hacían dioses de las sucesivas generaciones señoriales y se producían sincretismos religiosos y artísticos. Concluyó que fue indispensable el dominio estable de la estratégica región centro: Puebla-Tlaxcala y Cuenca de México, para que los imperios centrales logran tener un dominio seguro, como lo lograron los teotihuacanos y más tarde los españoles.

“Mexamérica”. Jiménez Moreno tenía muy presente la importancia de las áreas al Norte más allá de Mesoamérica por su interrelación y porque, para él, Oasisamérica fue un reflejo del área cosmopolita de Mesoamérica. De ahí que Jiménez Moreno acuñara el término Mexamérica, que corrió con poca suerte, para referirse a la macroárea formada por el conjunto interrelacionado de Aridoamérica, Oasisamérica y Mesoamérica, que incluía los territorios de lo que hoy en día es el suroeste de los Estados Unidos, México y Centroamérica, algo equivalente al territorio durante el Imperio de Iturbide.

Jiménez Moreno recalca la continua oposición entre nómadas y sedentarios. Tanto Teotihuacan y Tula, como mexicas y tarascos, enfrentaban constantemente incursiones agresivas de pueblos de Aridoamérica. Afirma que, debido a diferentes experiencias vividas por los pueblos nómadas del Norte y los sedentarios del Sur, los primeros enfrentaron con una guerra de guerrillas la invasión hispana, mientras los segundos aceptaron ser dominados y se adaptaron.

Jiménez Moreno recorre todos los siglos de la macrohistoria del desarrollo Norte-Sur. Así supera la limitación que se impuso la propia disciplina histórica mexicana: historiar exclusivamente el pasado en los límites territoriales del México actual, sin considerar que por siglos, el acontecer histórico antecedente tuvo escenarios geográficos de extensiones y límites diversos. México como tal existe desde el siglo XIX, antes existían otras entidades de las que Jiménez Moreno fue consciente y de ahí su idea de Mexamérica. En su artículo deriva de esa sucesión histórica herencias de diversa índole que hoy se perciben aún. Incluso, va más allá y recuerda que Nueva España, entre los siglos XVI y XVII, abarcaba el Mare Nostrum que era el Caribe: el Mediterráneo Americano.

Con no poca razón y dejándose llevar por sus creencias personales, afirmó que el culto guadalupano en el siglo XVI convirtió a la virgen Guadalupe en un emblema aglutinante de los pueblos nativos y de todas las castas: “Desde entonces –escribió– México tiene una brújula que orienta su vida” (p. 475). Su visión macrohistórica la termina en el siglo XVII, cuando la Nueva España era atacada frecuentemente por los piratas en Veracruz y Campeche, los pueblos nómadas invadían las provincias del Norte, estallaban revueltas y se incendiaba el palacio virreinal durante el motín de 1692. Entonces, afirma, se desarrolló una conciencia nacional: “Bajo la protección de la Virgen de Guadalupe, que se convirtió en el catalizador de una actitud nacionalista todavía en el subconsciente, México encontró su camino hacia la integración nacional” (p. 477).

Incomoda que Jiménez Moreno abandone, en ocasiones, el rigor académico para convertirse en una pluma que parece salida de ámbitos clericales y que lo colocan entre los autores de textos doctrinales, como los autores de los folletos y libros breves que se venden en los templos y que funden historias pueblerinas con las de una imagen emblemática como, por ejemplo, la historia de la Virgen del Carmen de Tlalpujahua o la del Cristo de San Juan Parangaricutiro, escritas ambas por sacerdotes. Con todo, Jiménez Moreno también supo, las más de las veces, mantenerse en la Academia, ateniéndose al rigor histórico. Uno le respeta su creencia y devoción, por supuesto, máxime que como todo académico nunca permitía que sus creencias personales estorbaran su trabajo científico.

“Religiones mesoamericanas”. Jiménez Moreno se formuló la interesante pregunta de si hubo una o varias religiones mesoamericanas. Algunas veces nos habremos preguntado por qué si las grandes religiones en Asia y el Medio Oriente o Asia del Sur están plenamente identificadas y con su nombre, en América ninguna religión lo está. Incluso, puede darnos la impresión de que nunca existió una religión distintiva propiamente dicha, sino sólo creencias mágico-religiosas,

ritos y ceremonias, pero nada integrado en una fe unificadora y en expansión, pese a que los investigadores sí aceptan la posesión de cosmovisiones complejas.

Para Jiménez Moreno, la religión o religiones mesoamericanas no alcanzaron el nivel de elaboración a la que llegaron las cuatro mayores religiones del Asia del Sur. Al parecer, para Jiménez Moreno el monoteísmo era la cumbre del desarrollo religioso. A continuación, él emprende una interesante estratigrafía religiosa de los sucesivos cultos a diversos dioses correspondientes a las oleadas sucesivas de pueblos que iban y venían en las metrópolis dominantes. Ninguno de esos cultos logra, a decir de Jiménez Moreno, ser un integrador global, sino que más bien ocurrió una intensa interrelación de éstos en cada época histórica entre pueblos dominantes y pueblos subyugados.

El autor sostuvo que la gran hambruna, sufrida entre 1450 y 1454, orilló a practicar el sacrificio humano en gran escala. Incluso, aventuró que pudo haber tenido lugar una conferencia sacerdotal para establecer la jerarquía de los dioses y la identificación de quienes debían ser apaciguados y alimentados, así como buscar la solución ritual respectiva. Ello, presume, fue lo que indujo al aumento desmesurado del sacrificio humano ofrendado a los dioses de mayor jerarquía para detener su enojo. Esta conferencia debió implicar, según Jiménez Moreno, alguna especulación teológica más allá de la simple rutina sacerdotal que hasta entonces se llevaba a cabo.

Jiménez Moreno se aventura a suponer la existencia de escuelas teológicas y de concilios donde se dirimía la importancia y la jerarquía del arcoíris de dioses del complejo mesoamericano. Incluso, él supone que se producían especulaciones teológicas y reflexiones filosóficas. Considera que el humanista y reformador Nezahualcóyotl, tlatoani de Texcoco, debió impulsar esa reflexión filosófica y que en las décadas inmediatas a la invasión hispana pudo estarse integrando una imagen del mundo y una normatividad en Tenochtitlan y Texcoco.

Concluye que, si bien existía una comunidad religiosa básica, ésta no puede ser considerada una religión única, pues las diferentes manifestaciones religiosas estaban suficientemente diferenciadas. Acepta que existía un denominador común, pero también la religión teotihuacana, la zapoteca y la maya. En todo caso consideró que la religión fue una fuerza integradora.

“Transculturación religiosa”. Jiménez Moreno reconstruye una compleja estratigrafía religiosa de cultos a dioses en las sucesivas etapas de la antigüedad. Al respecto, hace una importante observación: la política religiosa de los sucesivos dominios consistió en introducir sus dioses sin aniquilar los de las entidades conquistadas y avasalladas, sino que los adoptaban, incluso con sus respectivos rituales, probablemente adaptándolos o reinterpretándolos. Ello tiene una implicación destacada en la etnografía contemporánea del culto religioso campesino, fruto de la complementariedad entre las religiones antiguas y el cristianismo español. Dicha política abierta contrastaba con la cerrada de la sociedad maya.

Menciona que los dioses celestes mexicas preponderantes eran cazadores y guerreros que empujaron a los dioses más antiguos a segundo término. A diferencia del héroe y reformador

tolteca Topiltzin Quetzalcóatl, Huitzilopochtli era un caudillo hechicero que infundió una mística guerrera. Jiménez Moreno especula que la tendencia mexicana de ir dotando al dios guerrero Huitzilopochtli de los atributos que les eran despojados a otras deidades, pudo haber conducido al monoteísmo, si tal proceso no hubiera sido detenido por la invasión española. Una especulación algo aventurada que refleja su manera de interpretar sus datos.

Nuestro autor consideraba que el primer intercambio de los frailes con los pueblos naturales fue bien recibido y eso favoreció la aceptación del cristianismo. Jiménez Moreno calla que los frailes iban acompañados de hombres armados y que, en ocasiones, hacían uso de la violencia cuando así lo consideraban pertinente para su labor evangelizadora, si bien es cierto que, a la vez, eran quienes en alguna medida contenían la depredación de la soldadesca y sus capitanes.

Jiménez Moreno emprendió una comparación entre el cristianismo y las religiones mesoamericanas. Tal vez sin percatarse de ello, eso fue útil para la etnografía. Encontró diferencias, pero también similitudes. También sugiere muy convenientemente el estudio comparativo con otras religiones, incluso con las de otros continentes. Mientras ello es posible, sugirió estudiar tipos de transculturación en lo que ahora es el suroeste de los Estados Unidos, México y Centroamérica.

“Epílogo”. El mejor homenaje a un colega destacado que entregó su vida y su pasión a la antropología consiste más que en efímeras ceremonias, en diplomas archivables, en medallas bonitas o en reconocimientos similares agradecibles pero olvidables, en reeditar sus libros, si éstos se escribieron o, al menos, en compilar sus artículos dispersos por doquier. Por ello, esta compilación es un homenaje que permite conocer la amplitud del arcoíris de los afanes de Jiménez Moreno y sorprender a quienes ignoraban este esfuerzo intelectual. Al leer sus escritos nos percatamos de la estatura de este estudioso.